

Septiembre 2021

Palabras clave: diálogo interepistémico, vecindad, lugar de habla, decolonialidad, interculturalidad

Diálogo interepistémico para un modelo amplio de participación vecinal

Omaira Beltrán. Periodista de la Agencia de Comunicación Intercultural ITACAT. Investigadora en la Universidad de Barcelona y en el Centro de Estudios Interepistémicos Cataluña América Latina (CEICAL)

obeltran@llatins.org, [@omairabeltran](https://twitter.com/omairabeltran)

El artículo analiza algunas prácticas epistémicas del sur y cómo estas pueden servir de marco referencial para repensar el ámbito de la participación social como un espacio donde las distintas relaciones de poder existentes incluyan las nuevas comunidades de vecinos y vecinas de la ciudad de Barcelona. La reflexión se inscribe en el contexto de la aplicación de unas políticas interculturales con una mirada interepistémica que desarrollen la igualdad, el reconocimiento y la interacción. También reflexionaremos en el uso del lenguaje como lugar de construcción y legitimación y, finalmente, hablaremos de los retos de la CONFAVC para fomentar el modelo intercultural entre los barrios de Cataluña.

1. La gestión de la participación diversa como ejercicio de legitimación

Una de las primeras prácticas venidas del sur para incorporar a nuestra sociedad y garantizar una visión de participación ancha es el “lugar de habla” (*lugar de fala*, según el original en portugués), una teoría que nos propone la filósofa brasileña Djamila Ribeiro (2017). En palabras de la propia Ribeiro:

“Hay que destacar que cuando hablamos del *lugar de habla* nos referimos al *locus social*; es decir, al lugar social desde donde los grupos se originan. Por tanto, de acuerdo con nuestra perspectiva, están equivocados los argumentos que tratan de silenciar ciertos debates o que subrayan que las personas blancas no pueden teorizar sobre el racismo, o que los hombres no pueden hacerlo tampoco en relación con el machismo” (Ribeiro, 2018: 17, énfasis original).

El lugar de habla, por tanto, rompe las limitaciones que en numerosas ocasiones han dividido los espacios de reflexión, tan necesarios para poner en común y comunalizar visiones opuestas. Este lugar de habla permite también visibilizar privilegios que se han traducido en espacios de poder, y así lo explica la propia autora.

“Es preciso que, cada vez más hombres blancos y cisgénero, por ejemplo, analicen la *blancura* (o blanquitud), la *cisgeneridad* o la masculinidad; que entiendan, a partir de una visión crítica, de qué lugar social vienen para pensar y existir en el mundo, incluso, garantizando una multiplicidad de voces y perspectivas de otros grupos invisibilizados. Además, se trata de una postura ética, ya que, a nuestro entender, no puede haber una desresponsabilización del *sujeto con poder*. A lo largo de la historia ha sido advertida, por varias y varios intelectuales negros, la necesidad de romper con el régimen de autorización discursiva, con el silenciamiento y/o con la

supresión de saberes, para combatir la violencia estructuralmente impuesta contra grupos oprimidos. En consecuencia, el “lugar de habla” nos habla de la necesidad de percibir la jerarquización de conocimientos como producto de la clasificación racial de la población. “Quien posee privilegios sociales posee el privilegio epistémico” (Ribeiro, 2018: 17, énfasis original).

Esta teoría, trasladada a nuestra realidad, resulta muy oportuna, dado que las personas blancas, desde su lugar de habla, reconociendo y haciendo uso de sus privilegios, pueden participar en las iniciativas antirracistas que se han producido y se producen durante los últimos años. Luchas que nacen como respuesta a la discriminación, que es consecuencia de un racismo institucional que bebe directamente de leyes deshumanizadas, como la Ley de extranjería española.

Pero ya no basta con el hecho notorio de que cada vez nazcan nuevas entidades y nuevas plataformas que amplían las filas de los movimientos sociales y que combaten el racismo. El sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel (2021), por su parte, nos habla de la necesidad de descolonizar el conocimiento y el poder, no sin antes haber hecho el ejercicio de descolonizar el ser. Para explicar este punto, el autor cita al pensador Frantz Fanon, quien en su libro titulado *Los condenados de la tierra* (1961) establece una “zona del ser”, con el objetivo de llamar la atención sobre lo que formalmente se llama *racismo*. La “zona del ser” es aquel espacio donde encontramos a unas personas hiperhumanizadas y a otras, en cambio, completamente deshumanizadas. A estas últimas pertenece el 90 % de la población, dado que las primeras son aquellas personas que establecen los cánones de la normalidad a escala política, social, económica, estética, espiritual, etc. Y cuando hablamos de racismo, además de hablar de una discriminación en derechos laborales, sociales, económicos, entre otros, también hablamos del de un fenómeno aún más profundo, establecido por esta gente hiperhumanizada que define la “normalidad oficializada” de las prácticas culturales de una sociedad y que, a su vez, construye un discurso de superioridad por encima de aquellos que consideran deshumanizados.

Este, por tanto, es el ejercicio epistémico que hay que trabajar, tanto en el ámbito individual como en el colectivo, si queremos llegar al origen de donde surgen los conceptos que alimentan los estereotipos; es decir, el lugar donde se construyen los espacios de conocimiento y de poder. Y sería muy pertinente llevar este ejercicio epistémico a los espacios vecinales de Barcelona. Asimismo, si hacemos un ejercicio interepistémico —es decir, equiparar las aportaciones epistémicas que nos llegan desde varios puntos del planeta—, sería posible construir una nueva forma, más adecuada y efectiva, de gestionar los conflictos vecinales y favorecer, de paso, una participación realmente diversa. Además, nos permitirá utilizar nuestro lugar de habla, o “lugar de fala”, para reflexionar críticamente desde una realidad que, aunque quizás no nos afecta de forma individual, sí lo hace de forma comunitaria.

Actualmente, la mayoría de nosotros suponemos que gran parte de lo que llamamos “conflictos sociales” se producen porque a nuestra vecindad se unen nuevos colectivos que, en un primer momento, desconocemos y que, por tanto, todavía no entendemos. Y llegados a este punto, si no hacemos un ejercicio de interactuar con ellos —y este es uno de los principios esenciales de la interculturalidad—, difícilmente nos será posible acceder a conocer esta nueva realidad que está cambiando las dinámicas comunitarias. Es aquí donde es necesario el ejercicio de dejar atrás todos los estereotipos, negativos o positivos, que se tenían sobre un grupo determinado de personas y ponerlos en cuestión. Debemos revisar con honestidad todos los prejuicios con los que construimos la visión estereotipada del grupo de personas que ahora conviven con nosotros y dar prioridad a la experiencia directa y en primera persona.

La mayoría de estas consideraciones son dogmas que han sido alimentados desde el discurso literario, informativo, histórico y político, tal y como explica el crítico y teórico literario palestino Edward Said en su libro *Orientalismo* (1978). Y son muy difíciles de cambiar, porque constituyen los principales generadores de estereotipos y de prejuicios. Estas ideas preconcebidas acaban convirtiéndose en discriminaciones epistemológicas que sesgan y dividen los espacios de

participación, lo cual nos impide hablar de un “nosotros”; es decir, de formar una verdadera comunidad entre todos. Said explica cómo los gobernadores ingleses, un siglo antes de haber colonizado Egipto, crearon, mediante sus historiadores y narradores, un discurso sobre el oriente que permitió generar una imagen de los árabes como terroristas, totalitarios y machistas, no sin antes reconocer que, aunque antiguamente habían hecho avanzar ciencias como las matemáticas, actualmente eran gente con la que “era difícil razonar”.

Pero dejemos el ámbito teórico y vayamos a la Barcelona de hoy y analicemos un caso concreto, el de la escuela, donde la cultura participativa y la comunidad vecinal se vuelven obligatorias, en espacios, por ejemplo, como las AFA (Asociaciones de Familias de Alumnos), hasta hace poco llamadas AMPA (Asociaciones de Madres y Padres de Alumnos). En este ámbito específico hay unos espacios de poder claramente definidos, donde el acceso a la participación se ve a menudo condicionado por la lengua y también, por tanto, por la capacidad de expresarse de manera precisa y comprensible. Además, aunque se logre consensuar un idioma de comunicación básico que la mayoría de los padres entiendan, pueden surgir otras barreras culturales que dificultan la comunicación fluida y, al mismo tiempo, que generan dinámicas de poder crónicas que acabarán afectando a cómo concebimos a los demás.

Por ejemplo, una madre que aún no conoce la lengua del país y a quien su hija traduce los mensajes, a menudo no acaba de entender la realidad cultural que se está discutiendo. Además, es posible que esta madre tampoco sepa que hay asociaciones donde puede expresar las dificultades y donde la pueden asesorar para mejorar el aprendizaje escolar de sus hijos. Y en caso de que esta madre tenga la suerte de conocer los espacios de participación, puede suceder también que solo lo haga en alguno de los actos festivos que se hacen durante el año, en el que la invitan a bailar sus danzas tradicionales o a llevar su comida típica. Es decir, que a menudo estos espacios sociales solo se abren a estas personas cuando la diversidad es apreciada como una expresión folclórica y, a pesar de la buena intención, nunca se llega a establecer una relación profunda y efectiva con la realidad del otro. Simplemente, todo queda en iniciativas superficiales en las que se expresa la voluntad de “ser” interculturales y respetuosos con la diversidad, pero donde no se producen interacciones útiles y efectivas con estas personas y comunidades.

Ahora traslademos este ejemplo al ámbito vecinal. ¿Cuál podría ser la participación de la comunidad boliviana en el ámbito vecinal, por ejemplo, suponiendo que en un determinado barrio haya un gran número de personas de esta nacionalidad? Probablemente, en la mayoría de los casos, su participación se limitará a mostrar sus danzas típicas en fiestas y comparsas del barrio. Teniendo en cuenta lo que ya se ha explicado, la pregunta que debería hacerse es: ¿“solo nos interesa su folclore”? La cultura popular es una excusa fantástica, valiosa y muy interesante para establecer los primeros contactos y acercarse a la comunidad. Es un intercambio indispensable de tradiciones y saberes ancestrales. Ahora bien, ¿qué otras formas de participación podemos promover desde nuestras entidades, ya sean vecinales o educativas, para interactuar con estas personas? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a compartir el poder de decisión de nuestras entidades con las nuevas comunidades? ¿Estamos dispuestos a abrirnos y aprender otros conocimientos que nos permitan interactuar entre nosotros?

Es sabido que los cambios siempre comportan ciertas resistencias, pero es solo con una nueva mirada que podremos resolver dinámicas que deben permitir una renovación intergeneracional de nuestras entidades. Y este es un tema recurrente en las reuniones internas de las asociaciones y federaciones vecinales. Hay una preocupación inevitable por el relevo generacional de las entidades del país y, en muchos casos, la solución al problema es poner en práctica la interculturalidad con una mirada interepistémica.

Por otra parte, en las distintas prácticas en las que hemos tenido la oportunidad de dinamizar comunidades que interactúan con el Ayuntamiento de Barcelona hemos podido observar patrones que se repiten. Ponemos otro ejemplo: hay entidades que hace veinte o treinta años que hacen vestidos festivos, pero que ya no pueden seguir haciéndolos porque no ha habido un relevo

generacional y abandonan el suyo local, repleto de máquinas de coser, que haría un buen servicio a otras entidades emergentes, con personas de origen diverso, a las que les sobran manos, pero les falta el espacio y la maquinaria. Es aquí donde se debe hacer confluir estas sinergias: compartir recursos, compartir conocimientos, compartir esfuerzos. Una participación completa requiere siempre compartir.

Como conclusión a esta primera parte podemos afirmar que, aunque se está avanzando hacia la interculturalidad, todavía hay que consolidar los tres ejes indispensables que la hacen posible. Así pues, hay que ir más allá de la igualdad, del reconocimiento y de la interacción y hacer un ejercicio añadido, que podría ser el diálogo interepistémico. Es necesario que la interculturalidad sea más que un requisito en la lista de acciones políticamente correctas que tienen que hacer las entidades sociales y, para hacerlo, hay que entender las dinámicas eurocéntricas sobre las que se ha establecido un poder que impide, a día de hoy, ejercer la interculturalidad.

2. El lenguaje como herramienta de sensibilización y legitimación de la gestión intercultural

Es importante reflexionar sobre las palabras que utilizamos y cambiarlas si detectamos que comportan prejuicios inherentes. Detrás de cada significante hay un significado, y este último radica en nuestro inconsciente colectivo. A menudo, sin darnos cuenta, utilizamos palabras con connotaciones peyorativas con respecto a colectivos de género, raza, cultura o posición social.

Tenemos tendencia a pensar que ya, como sociedad, no tenemos que volver a hacer un análisis lingüístico como el que tuvo lugar a principios del siglo XX, y darnos cuenta del contenido explícito que se esconde en las palabras que utilizamos habitualmente, pero, desgraciadamente, no es así. Todos conocemos los planteamientos del lingüista suizo Ferdinand de Saussure (1916), padre del estructuralismo, sobre el signo lingüístico, y hay que advertir que estos tienen una plena utilidad en nuestros días. El signo lingüístico está integrado por “significado” y “significante”, que son las dos caras de la misma moneda: el significado aporta aquello que caracteriza el objeto o idea, las cualidades que lo hacen único y distinguible, mientras que el significante es la “imagen acústica”, que deja una huella psíquica en el cerebro (Saussure, 1945: 91-93). Podríamos decir que el significante hace referencia a la palabra, en sí misma, que al ser escuchada o leída nos remite al objeto o idea en cuestión. La propuesta estructuralista del signo diseñada por Saussure es fundamental para entender los sistemas lingüísticos y de significación. Pero también es importante la teoría desarrollada por el semiólogo norteamericano Charles Sanders Peirce, sobre el funcionamiento del signo mediante la tríada “referente-representación-interpretación”. Peirce tiene en cuenta la relevancia del “interpretante”; es decir, el signo tal y como lo interpreta la mente del receptor, dentro del proceso de significación, dado que finalmente es él quien lleva en su cabeza el acto de significar, el acto de convertir la realidad en signos; él es el mediador entre el signo y el objeto.

Veamos la definición que hace el propio Peirce, para quien un “signo” o “representación” es “algo que está para alguien en lugar de algo bajo algún aspecto o capacidad. Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o quizá un signo más desarrollado. (...) Ese signo está en lugar de algo, su objeto” (Peirce, 1991: 239-240).

Si “un signo es algo que significa algo para alguien”, entonces entendemos que quien construye el lenguaje y estructura la realidad somos las personas usuarias de una lengua. Por tanto, nuestra configuración del mundo y la manera como nos relacionamos con el mundo afecta a la producción de significados y su comunicación. En otras palabras, el lenguaje no solo es el estructurador de las realidades, también estructura la manera en que nos comunicamos con los demás.

Todo implica que el discurso está supeditado a las ideologías intrínsecas de los significados que contiene. La construcción del significado, por tanto, viene dada por quien tiene el poder en los actos comunicativos; es decir, de las mentes que ordenan el discurso. Y estas mentes pueden construir significados arbitrarios en el campo social y generar problemas de comunicación que encontraremos expresados en los diferentes actores sociales.

¿Pero qué pasa cuando quien construye este significado son los mismos encargados de determinar la “normalidad” del conocimiento? ¿O cuando este conocimiento normalizado es el que establece leyes que discriminan a unas personas por su origen, su raza o su religión? Hay una escena en la película *Malcolm X* en la que dos hombres negros, en la prisión, consultan un diccionario y leen las definiciones de los conceptos “negro” y “blanco”. Al ver que “negro” es definido como algo “sucio”, “desprovisto de virtud”, “endemoniado”, etc., y, en cambio, que “blanco” significa todo lo contrario, uno de los personajes se pregunta quién escribió el diccionario.

Y acaban averiguando que fue escrito por un hombre blanco que había reproducido significados y acepciones de la palabra “negro” en un marco semiótico que incorporaba también prácticas discriminatorias y esclavistas. Tanto es así que todavía podemos consultar los principales diccionarios oficiales y encontrarnos con significados de la palabra “negro” cargados de racismo, machismo, clasismo y un largo etcétera. Todo esto ejemplariza a día de hoy lo que Saussure definió con tanta precisión. Palabras y sentidos, por tanto, que se siguen utilizando como elementos para construir discursos de odio en campañas políticas, como la que hace solo unas semanas publicó el partido ultraderechista VOX en Madrid¹.

Educar en el cambio de estos significados es la mejor manera de cambiar narrativas. Quizás de esta forma, en lugar de ser reactivos a los discursos de odio, podemos ser activos y creadores de nuevas narrativas que enfrenten estos discursos de odio. Y, efectivamente, podemos decir que Barcelona ya está trabajando en estos paradigmas. Los movimientos sociales hacen una labor analítica y crítica y tienen un espacio protagonista en la construcción de una Barcelona que un día pueda llamarse plenamente intercultural. Un ejemplo lo encontramos en la tarea que está llevando a cabo la Administración local para introducir cambios en el lenguaje administrativo.

En 2019, el Ayuntamiento de Barcelona creó la *Guía del lenguaje inclusivo*, en la que se explican términos como “racializada”. ¿Qué es una persona racializada? Aunque la raza, desde un punto de vista biológico², no existe, nos vemos obligados a seguir hablando de ella cuando tratamos la opresión como una categoría social. En cuanto al uso del término “racialización”, por ejemplo, el historiador Antumi Toasijé (2018) explica que:

“A finales de 1800 y a principios de 1900 de la era de los cristianos, apareció en ciencias sociales un uso, a mi juicio correcto, del término *racializar*. Se empezó a hablar de fenómenos sociales como la *racialización de la pobreza* o *racialización del analfabetismo*, etc. En este caso se estaba diciendo que estos fenómenos de desempoderamiento se estaban concentrando en grupos concretos, llamados *raciales*, pero eso no quería decir que el resto de los grupos no estuvieran racializados, sino que el fenómeno no les afectaba estadísticamente en la misma medida. El término *racialización* fue tomado tangencialmente de estos análisis por parte de la decolonialidad, para darle un uso deformado”.

En el mismo artículo, Toasijé concluye, que, “en definitiva,

todo ser humano es racializado, unos son racializados en positivo y otros, en negativo. No tiene sentido, por tanto, decir ‘yo como racializada’ o ‘nosotros como racializados’, a menos que nos estemos refiriendo a toda la humanidad. De hecho, el verbo se ha convertido en una expresión vaga y reduccionista como tantas expresiones existentes basadas en el fenotipo y,

1. El 21 de abril de 2021, en el contexto de la campaña política por el Ayuntamiento de Madrid, el partido de ultraderecha VOX colgó un cartel electoral en la estación de la Puerta del Sol que ilustraba que un “mena” (menor extranjero no acompañado) ganaba 4.700 euros al mes, mientras que una abuela solo ganaba 470 euros de pensión.

2. La periodista científica Angela Saini (2021) explica que se debe estudiar la raza como un fenómeno social y no como un fenómeno biológico, ya que el concepto biológico de raza no funciona ni proporciona nunca datos fiables: la idea de dividir a los humanos en grupos diferentes es política, porque no es algo que se dé en la biología. La biología no discrimina a los humanos en grupos diferentes y muestra que somos muy homogéneos. De hecho, somos una de las especies más homogéneas del planeta, afirma.

por tanto, desaconsejo su uso si de lo que se trata es de denunciar el supremacismo *blanco* o el de cualquier otro grupo humano basado en la idea de *raza*".

Este solo es uno de los muchos ejemplos en los que se ha aplicado un significado a un término diseñado para explicar otra realidad y que después ha sido interpretado por otro grupo para expresarse y que ha tomado una connotación diferente. Aunque haya guías que recomiendan el uso y artículos que lo desaconsejan, la palabra, simplemente, ya ha cobrado un nuevo significado y una nueva vida, y se puede utilizar dependiendo del contexto. Si se utiliza, por ejemplo, para describir una realidad de opresión, es correcto, pero no se debe utilizar como una palabra más en un contexto con connotaciones exóticas o folclóricas, ya que lo puede desvirtuar. Asimismo, esta guía aconseja no llamar a una persona "negra". De este modo, es mejor preguntar a una persona negra cómo quiere que la llamen: negro, afrodescendiente, afroamericano, afrocatalán, etc. Y en este punto se pone de manifiesto la dificultad de hacer una guía normativa como esta desde un lugar de poder, dado que podemos caer en la trampa que hemos explicado en la primera parte de este artículo: utilizar el poder para "normalizar" una lectura que no hemos construido de manera común. En todo caso, y a pesar de las dificultades, se debe reconocer la valentía del proyecto y si podemos criticar, siempre con voluntad constructiva, el trabajo hecho en esta guía, lo haremos para advertir un discurso excesivamente institucional, que se podría haber consensuado más y, en ciertos aspectos, ha quedado falto de la perspectiva de los movimientos sociales.

Por otra parte, una propuesta adecuada, y muy recomendable para el mundo vecinal y/o comunitario, es llamar a las personas de origen diverso como "vecinos" y "vecinas", simplemente. Nada más fácil y natural. Con respecto a la expresión "recién llegados", en cambio, se recomienda utilizarla en espacios escolares o cuando se habla de una persona que realmente acaba de llegar. En este sentido, no es recomendable utilizarla para llamar a las personas de origen diverso, porque a menudo pasa que muchas de estas personas ya hace muchos años que viven en Cataluña. En cuanto al ámbito más administrativo y político, se acostumbra a hablar de "ciudadanía", pero este término se enuncia como un ideal, como cuando hablamos de interculturalidad por el hecho de que, en realidad, a muchas de las personas a las que llamamos así, lamentablemente, no les dejamos ejercer esta ciudadanía.

Para conocer más palabras sobre cuyo uso se ha reflexionado, una buena práctica es consultar el *AfroDiccionario*, creado por el politólogo y activista africano Ngoy Ngoma Ramadhani, quien, conjuntamente con otras personas, ha diseñado una herramienta pedagógica, en respuesta a una necesidad de la comunidad "afro", para generar contenido material que haga visible el racismo continuado que sufre el colectivo. En una entrevista, Ngoy explica que su proyecto:

"es la puesta en marcha de una estrategia política que tiene como objetivo servir de alternativa al diccionario de la Real Academia Española (RAE) dirigida a quien esté interesado en conocer la sociedad desde otro punto de vista más real. Los 'afro' vivimos muchas realidades que en castellano no tienen nombre. La definición del lenguaje por unos pocos ha omitido premeditada y sistemáticamente la realidad de muchos" (Ramadhani, 2019).

Este es uno de los distintos ejemplos del ejercicio de identidad que, mediante el lenguaje, están haciendo algunas comunidades, en este caso las personas "afro" que viven en el estado español.

En definitiva, podemos percibir que una sociedad se transforma cuando reacciona al cambio de las palabras, no sin antes cuestionarse e incomodarse en el proceso. Como explicamos al principio de este artículo, la lengua nos permite interpretar la realidad y, al cambiar las palabras, hacemos una reinterpretación de esta realidad. En definitiva, el ejercicio que hay que promover implica dejar atrás el automatismo y nos invita a replantear dinámicas existentes para adoptar propuestas de cambio y para cuestionarnos nuestra relación con las otras culturas, a menudo tan próximas como desconocidas, y que siempre han sido y serán objeto de nuevas interpretaciones que, seguro, requerirán indispensables mejoras lingüísticas.

3. La acción intercultural desde la CONFAVC

El barrio es el primer lugar de contacto de cualquier persona que llega a una ciudad o municipio. Este ecosistema determina una comunidad que, a veces, parece dormida y que se despierta para crear proyectos que responden a necesidades vecinales. O que se une para reivindicar derechos que se vulneran a menudo o para reconocer esfuerzos que hacen centenares de personas voluntarias y anónimas que se cuidan de preservar la memoria del barrio, donde se escribe la historia de un pueblo.

La Confederación de Asociaciones Vecinales de Cataluña (CONFAVC), creada en 1988, es una organización del movimiento vecinal que coordina 452 asociaciones vecinales y 22 federaciones y que, mediante sus proyectos, campañas y servicios, trabaja para mejorar la calidad de vida de los vecinos y vecinas desde los barrios de Cataluña.

Hace casi 10 años que la CONFAVC trabaja en la gestión de las personas de origen diverso con una mirada transformadora. La participación en la Junta Directiva de personas de origen diverso ha sido una constante desde hace 6 años, lo que ha permitido continuar y poner en marcha proyectos donde el hecho intercultural se trabaja como una línea transversal en la entidad. Es decir, que desde los distintos ejes que trabaja la entidad se está imponiendo esta visión que tiene que permitir que todos los proyectos respondan a la realidad demográfica de los barrios.

A lo largo de los años, y a partir de las distintas miradas aplicadas al tema de la gestión de la diversidad, se han desarrollado proyectos mediante los Grupos de Interacción Cultural (GIM), unas iniciativas que más adelante pasarán a llamarse “Construyamos barrios interculturales, barrios para todo el mundo”, y donde el movimiento vecinal, junto con la complicidad de las administraciones locales, promovió lo que en aquel momento se denominó la “convivencia intercultural en los barrios”. Por tanto, este proyecto, desarrollado entre 2004 y 2013, tuvo como objetivos conocer las realidades interculturales de cada barrio, profundizar en las distintas políticas y modelos migratorios, transformar el “miedo a lo desconocido” en potencialidades por la vecindad, crear actuaciones para fomentar el conocimiento intercultural del vecindario y potenciar lazos de buena vecindad y de solidaridad.

“Construyamos barrios interculturales, barrios para todo el mundo” constó de dos fases. En una primera instancia se hizo un diagnóstico social del barrio, incluidas las distintas políticas públicas que han encarado esta nueva realidad, en coordinación con otras entidades y administraciones. Posteriormente, se crearon grupos de personas voluntarias que promovieran actuaciones comunitarias con la finalidad de fomentar la convivencia intercultural.

La segunda fase se caracterizó por la formación de los grupos de interacción, colectivos formados por las personas participantes en el curso y otros voluntarios que quisieron incorporarse y que promovieron actuaciones a partir de las necesidades detectadas por los vecinos, con la finalidad de lograr una convivencia intercultural.

A lo largo de 9 años, el proyecto se puso en marcha en diecinueve barrios de Cataluña: l'Hospitalet de Llobregat, Santa Coloma de Gramenet, Reus, Rubí, Manresa, Viladecans, Igualada y, durante este mes de febrero, en la Federación de AV de Badalona y en las asociaciones de Sant Just Desvern y de la Sagrada Família, de Badia del Vallès y de Terrassa. Hubo más de 7.500 personas beneficiadas indirectamente y cerca de 500 beneficiadas directamente.

Otros proyectos desarrollados desde las asociaciones vecinales vinculadas a la CONFAVC han sido el de la Asociación de Vecinos de los barrios de Rocafonda, l'Esperança, Ciutat Jardí y Valldeix, de la ciudad de Mataró, que ha sido un claro ejemplo de trabajo para la comunidad con una mirada intercultural e interepistémica en toda regla. Y eso lo explicó la maestra jubilada Maria Majó, miembro de la asociación, en una entrevista hecha por la Agencia de Comunicación Intercultural Itacat el pasado 20 de noviembre de 2020. Maria, que ahora es maestra jubilada y luchadora por los derechos de las mujeres venidas de todas partes y que ahora forman parte de

estos barrios, asegura que estas constituyen, junto con sus familias, el futuro de esta comunidad vecinal que ha desarrollado proyectos a lo largo de los últimos 20 años, como el proyecto “Espacio materno”, una alternativa a los jardines de infancia de donde quedan excluidos muchos niños, en su mayoría de familias de origen diverso y sin una red de cuidado, que permite a estas mujeres poder dejar sus hijos mientras trabajan. Maria, conjuntamente con otras maestras jubiladas, empezó este proyecto en el que, paralelamente, también ha llevado a cabo tareas de alfabetización de mujeres, compartiendo espacios de conocimiento porque, como explica en la entrevista, el conocimiento no reside solo en la academia: “he aprendido mucho de estas mujeres, más de lo que yo les he podido enseñar” (Majó, 2020). En el mismo sentido, llevaron a cabo otros proyectos que han recibido premios prestigiosos en este ámbito, como el Premio Francesc Candel 2011, que otorga la Fundación Carulla, por el proyecto “Todas juntas” de La Vocalia de Dones, o el reconocimiento vecinal de 2019, que concede la CONFAVC, y el más reciente Premio Fem Mataró 2022.

Desde la misma entidad también han impulsado la creación de tres cabezudas para el barrio: una norteafricana, una subsahariana y una nativa. Es decir, cabezudas que representan a una gran mayoría de las vecinas de estos barrios. Cuando se preguntó a Maria Majó cuál era la clave de la participación, nos explicó que el boca a oreja era muy importante, porque muchas veces se hacían carteles en lenguas que no eran entendidas por estos colectivos. También destacó la importancia de la confianza y de tener una mirada de igual a igual con las personas. Y explicó que, en esta asociación vecinal, ella contó con todas estas miradas y que, además de llevar a cabo los proyectos, contrató a mujeres que pueden entender la lengua que hablaban los niños del espacio materno y las particularidades culturales de las vecinas que participan en el proyecto. Además, Maria Majó resaltó la importancia de respetar la lengua propia y hacer de la enseñanza del catalán una garantía para que estas mujeres tengan más oportunidades en el mundo social y laboral (Majó, 2020).

Además de proyectos como los que ya hemos explicado, la CONFACV desarrolla desde 2016 la iniciativa llamada “A-porta”, una experiencia social de empoderamiento vecinal en la que vecinos y vecinas, a los que llaman “picaportes” y que son conocedores de las culturas y lenguas que se hablan en barrios, visitan a los vecinos y vecinas y les informan de cuestiones prácticas. Estos son barrios con importantes necesidades sociales, como Ciutat Meridiana, Torre Baró o Vallbona, Montserratina de Viladecans, Can Puiggener de Sabadell o Rocafonda de Mataró. Los y las “picaportes” son contratados, formados y coordinados para visitar a todos los vecinos y vecinas y darles apoyo, consejos y recursos sobre cómo mejorar su calidad de vida en aspectos tan importantes como, por ejemplo, el acceso a los derechos sociales, a la vulnerabilidad energética, a la búsqueda de empleo, a los recursos del barrio, a la gestión de residuos, a la convivencia y al civismo, al acompañamiento a personas mayores, etc.

La iniciativa ha ganado recientemente el Premio de Civismo en la categoría de Innovación, que impulsa la Dirección General de Acción Cívica y Comunitaria del Departamento de Trabajo, Asuntos Sociales y Familias de la Generalitat de Catalunya. Esta categoría de los premios valora las acciones y las producciones que han destacado por la innovación en el campo del civismo y de los valores humanos. Es el tercer galardón que suma el proyecto “A-porta”, dado que en 2018 fue reconocido como mejor proyecto social de España por el premio de La Caixa a la Innovación y la Transformación Social, y en 2019 obtuvo el galardón “Desafío RECI 2018-19 Diversity Advantage” de la Red Europea de Ciudades Interculturales (RECI), impulsada por el Consejo de Europa.

El presidente de la CONFAVC, Jordi Giró, explica que el éxito de este proyecto son las personas “picaportes”, que son el alma de este. Lo que hacen es tan importante como ir a ver a cada vecino y vecina del barrio, intercambiar información con ellos y ayudarles con aspectos como la vulnerabilidad energética o la soledad no deseada. “A-porta”, además, cuenta con la colaboración del lesMed, SCEL (Innovación y Economía Social en el Mediterráneo, Sociedad Cooperativa Europea Limitada), que les ha asesorado en torno a la viabilidad del proyecto en Cataluña desde 2016. Actualmente, la junta directiva de la CONFAVC está desarrollando estrategias participativas

en las que se trabaja el hecho intercultural de forma transversal y en las que se promueven las buenas prácticas, como, por ejemplo, que las juntas directivas de las entidades representen la diversidad de los barrios, que la comunicación sea inclusiva y que la participación tenga estrategias que permitan invitar e involucrar al máximo número de personas que conviven en nuestros barrios.

4. Conclusiones

Como conclusión, observamos que el cambio de mirada hacia la nueva vecindad tiene que ser un ejercicio constante y atento que hay que hacer en todos los espacios de reunión y participación, desde las AFA hasta las entidades vecinales y en los movimientos sociales paralelos que se van formando como respuesta a las necesidades de cada comunidad. También es importante tener cuidado y no recurrir al folklorismo cuando queremos actividades de interacción comunitaria. Además, que podemos hacer del “lugar de habla” (*lugar de fala*) una herramienta de reconocimiento y legitimación para hablar de conflictos que creemos lejanos, pero que nos afectan de forma comunitaria. Asimismo, que podemos cambiar el lenguaje y estar abiertos a nuevas interpretaciones que, a su vez, nos harán plantearnos cambios profundos en la relación con nuestra vecindad.

En definitiva, un cambio de mirada que implica tener una conciencia clara de los privilegios que tenemos unas personas por encima de las otras, en función de las opresiones que afectan a cada comunidad. Eso nos permitirá un reconocimiento del orden establecido que ha acabado configurando una jerarquía de poderes en la comunidad. Y a partir de aquí, desplegar una comunicación intercultural más profunda, en la que el intercambio de conocimientos en igualdad de derechos lleve la tarea interepistémica más allá de una simple categoría científica y la sitúe en el eje central de las sociedades diversas, si de lo que se trata es de crear espacios con sentido de pertenencia.

Bibliografía

AYUNTAMIENTO DE BARCELONA. *Guía de comunicación inclusiva para construir un mundo más igualitario*. Barcelona, 2019. <https://ajuntament.barcelona.cat/guia-comunicacio-inclusiva>.

CONFAVC. “El projecte d’apoderament veïnal A-porta guanya el Premi Civisme a la Innovació de la Generalitat”. *Confavc.cat* (22 de diciembre de 2020). <https://confavc.cat/el-projecte-dapoderament-veinal-a-porta-guanya-el-premi-civisme-a-la-innovacio-de-la-generalitat>

FANON, F. *Els condemnats de la terra*. Trad. de Maria Llopis Freixas, Manresa: Tigre de Paper, 2020 [1961].

GROSGOUEL, R. “Identidad, alteridad e interseccionalidad en perspectiva descolonial”. (15 de abril de 2021). <https://www.youtube.com/watch?v=LAO1N1pcjNE>.

MAJÓ, M. “Maria Majó, un exemple d’amor i dedicació a construir convivència a Rocafonda”. (20 de noviembre de 2020). <https://www.youtube.com/watch?v=KOugubuSMX8>.

PEIRCE, CH. “Peirce on Signs: Writings on Semiotic by Charles Sanders Peirce”, JAMES HOOPES (ed). Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991.

RAMADHANI, N. “Nado entre diferentes identidades sin intentar encerrarme en una sola, pero tengo clara mi identidad negra allí donde esté”, *El Salto* (7 de octubre de 2019). <https://www.elsaltodiario.com/en-el-margen/ngoy-ramadhani-antirracismo-fundador-kwanzaa-congoleno-espanol>.

RIBEIRO, D. *O que é lugar de fala?* Belo Horizonte: Letramento, 2017.

RIBEIRO, D. "Breves reflexiones sobre Lugar de Enunciación". *Relaciones Internacionales. Revista del Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales - UAM*, vol. 39 (2018), pp. 13-18.

SAID, E. *Orientalismo*. Trad. de M. Luisa Fuentes. Barcelona: Editorial De Bolsillo, 2009 [1978].

SAINI, A. "Hay que estudiar la raza como un fenómeno social, no como uno biológico". *Viento Sur* (31 de marzo de 2021). https://vientosur.info/hay-que-estudiar-la-raza-como-un-fenomeno-social-no-como-uno-biologico/?fbclid=IwAR3_50LzIm5d1GOi8SNcgXID-u_4DTdUgUr4IW0uJPvTWxKqLSzkY3OFKHA.

SAUSSURE, F. *Curso de Lingüística General*. Trad. de A. Alonso. Buenos Aires: Editorial Losada, 1945.

TOASIJÉ, A. "Por qué ya no digo 'racializada', 'racializado'. *Africanidad* (6 de diciembre de 2018). <https://www.africanidad.com/2018/12/porque-nunca-digo-racializada.html>.